

los plantados, los que el público destruye y los que se roban, y para hacer nuevas plantaciones en las calles y carreras cuya amplitud lo permita.

Ahora la Sociedad se ocupa en conservar las arboledas que ha plantado y en los siguientes proyectos:

1.º Ennemar los andenes del camellón de Las Nieves de modo de hacer de esa carrera un paseo cómodo, higiénico y bonito;

2.º En conseguir del Gobierno Nacional la administración de los parques de la ciudad con el objeto de mejorarlos y conservarlos, atendiendo los consejos e indicaciones de naturalistas prácticos y competentes. La Sociedad no quiere tener los empleos que el Gobierno paga, sino autoridad sobre ellos y facultad para invertir en los parques, convenientemente, lo que el Gobierno paga para no ser invertido en ellos totalmente, pues el contratista de este servicio algo ha de ganar;

3.º En sembrar un pinar en los cerros de Monserrate y Guadalupe».

Cuarenta años después de discutidas y aceptadas las sugerencias que acabo de enumerar, los poderes municipales con patriótico afán tratan de cumplir el empeño cívico de las postrimerías del siglo XIX. Hace pocos meses se principió una nueva arborización de plazas y avenidas, desgraciadamente en forma poco adecuada y conveniente; el antiguo camellón de Las Nieves, ahora avenida de la República, comienza a tener los andenes que soñaron los visionarios de 1898; los parques y jardines de la ciudad, que hoy administra directamente el municipio, se trata de que vuelvan a nuestra Sociedad como la forma de conservarlos más práctica y económica; las faldas de Monserrate y Guadalupe, verdaderas guaridas de dolor y de tragedia, principian a higienizarse para hacer de ellas lugar de recreo y esparcimiento, con los pinares de marras y sin los eucaliptus que agrietaron los terrenos y disminuyeron las aguas. Es tristemente consolador ver cómo al correr de casi medio siglo nos esforzamos en cumplir aquel adagio popular que debería borrarse de los refraneros españoles: *más vale tarde que nunca*.

Funcionó la Sociedad en ambiente cordial y de confianza. Todo lo que valía en Bogotá en su vida social y política, en sus actividades bancarias y comerciales, le prestó ayuda y colaboró en sus planes. Era una cooperación modesta pero en su sencillez representaba ella la continuidad del espíritu público que en los días de la Colonia fomentó el buen obrar de Presidentes como Venero de Leiva y de Virreyes como Caballero y Góngora, Ezpeleta y don Pedro Mendinueta. Todos se preocupaban por el progreso de la ciudad y muy pocos eran los que negaban su óbolo para esa labor. A la vista he tenido una acta de la Secretaría de entonces y con satisfacción he leído lo siguiente:

«El colector de árboles de la Sociedad de Embellecimiento ha recibido las siguientes donaciones:

- Doña Carmen Vergara de Balcázar, un pino.
- Doña Isabel Castellanos de del Corral, un caucho.
- Doña Ana Pérez de Orrantía, un caucho.
- Doña Tulia Padilla de Ospina, un cedro.
- Don Alejandro González Toledo, dos pinos y dos curos.
- Don Nemesio Camacho, un pino.
- Don Santiago Barriga, un gaque.
- Don Guillermo Durana, un caucho.
- Don Luis Soto Landínez, un caucho.
- Don Isaac Azuero, diez nogales.
- Don Nepomuceno Santamaría, dos cauchos y un pomarroso.
- Don Eugenio Pardo, una araucaria, un guamo y una palma.
- Don Juan Manuel Herrera, un retamo».

Y más adelante escribía el Secretario:

«El señor don Carlos Uribe ofreció ceder en favor de la Sociedad el producto del arrendamiento de una casita de su propiedad. La asamblea de accionistas del Banco de Colombia hizo una segunda donación de doscientos pesos en favor de los propósitos de esta Sociedad».

Vino la guerra civil de los mil días; se hicieron por alguien cuyo nombre he olvidado malévolas sugerencias sobre los recursos e inversiones de la Sociedad y sus miembros, con el desengaño en sus corazones, se disolvieron para esperar mejores horas y estímulos de mayor pulcritud y honestidad.

Años más tarde, en 1917, y precisando el día en 17 de marzo, un espíritu noble y generoso, ligado a la ciudad por su afecto y por sus tradiciones de familia, expidió como Alcalde Mayor el decreto que volvía a la vida a la extinguida Sociedad de Embellecimiento y nombró miembros de ella a muchos de los que en este instante escuchan mis palabras de justicia y de reconocimiento. Si hubo acierto en la actuación de aquel meritorio ciudadano yo os pido para Raimundo Rivas, como afirmación de su optimismo, un aplauso sincero y entusiasta.

Fueron aquellos años inmediatos a la fundación la edad de oro de la Sociedad. Las autoridades le prestaban apoyo y seguían sus consejos; el público la miraba con simpatía y la ciudad progresaba moral y materialmente impulsada por el esfuerzo constante de la Corporación. Nos reuníamos en el despacho del Alcalde, quien asistía a muchas de las sesiones, y todos laborábamos dentro de una común unidad de pensamiento por hacer de Bogotá una ciudad amable y culta, bella en su aspecto exterior y pulcra y decorosa en su vida de hogar. Siempre recordaré con orgullo las actuaciones de 1929, cuando quien os habla desempeñaba la Alcaldía. Había entonces, al menos en el núcleo ciudadano que rodeaba al elemento oficial, verdadero espíritu público y todos, en la medida de nuestras posibilidades, contribuíamos al desarrollo de planes y proyectos.

Ha sido una costumbre muy generalizada en nuestro medio social esperar lo todo de las autoridades y creer que sólo a ellas corresponde la gestión administrativa de la colectividad. Luchemos por destruir este error de concepto, hijo de la incuria y padre de la pereza, y cumplamos con nuestro deber de buenos ciudadanos. Permitidme repetir ahora las frases que desde este mismo sitio, hace casi once años, dije a vosotros en ocasión semejante a la presente: «Muchas son las mejoras que pueden llevarse a término por la iniciativa individual, sin necesidad de extrañas ayudas ni de dineros del erario colectivo. Que cada uno de nosotros forme el propósito de hacer durante el año una obra buena en favor de la ciudad, obra exclusivamente nuestra, que nos enorgullezca en lo más íntimo del patriotismo y satisfaga el deseo que todos llevamos dentro del alma de prosperar y hacer el bien. Sembrar un árbol, cultivar un prado, amparar un niño, son funciones de vida que principalmente corresponden a las unidades de la especie humana. La educación cívica del ciudadano se forma, más que en las escuelas del Estado, en el buen ejemplo y en el mejor consejo».

Vientos contrarios soplaron después para nuestra Institución. Fue necesario cambiarnos el nombre. Se nos restaron auxilios y ocasión se presentó en que se nos miró despectivamente. Empleado público hubo que nos sugirió suspender nuestras iniciativas, porque la bondad de ellas menoscababa el prestigio de su oficina, a la cual correspondía toda idea buena y toda gestión de progreso; sencillamente se nos decía que el aplauso que a veces nos brinda el público era un robo que hacíamos a las capacidades del orgulloso mandatario. Y no se recordaba o intencionalmente se olvidaba que a la Sociedad de Embellecimiento, hoy Sociedad de Mejoras y Ornato, se deben obras que nos llenan de satisfacción y que han quedado para la eternidad. Dajadme mencionar unas pocas, ya que si las nombrara todas me haría largo y quizás fatigaría vuestra atención:

QUINTA DE BOLIVAR.—Este lugar, sagrado por los recuerdos que en él se encierran, relicario de la gloria del Libertador y Padre de la Patria, era una casa de salud y antes había sido tenería, establecimiento de baños públicos, fábrica de cervezas y cuartel. La Socie-

dad de Embellecimiento, eficazmente secundada por la Academia Colombiana de Historia, lo compró para la Nación y lo conserva y cuida con especial cariño. En su recinto se ha formado el museo bolivariano que con frecuencia visitamos. Al hablar de esta compra debemos tributar homenaje de agradecimiento al doctor Alfonso Robledo, quien patrióticamente facilitó los dineros que nos faltaban para cerrar la operación.

TERRAZA PASTEUR.—Queda situada en el costado oriental de la Avenida de la República, entre las calles 23 y 24. En medio a ella se colocó el busto en bronce del ilustre sabio francés. Anteriormente aquel sitio era feo y falto de higiene; hoy es una bella plataforma de cemento, con elegante balaustrada, que sirve de descanso a los paseantes y semeja un largo balcón tendido sobre la calle, aprovechado ya en diversas ocasiones para presenciar desfiles cívicos o participar en manifestaciones políticas.

CUERPO DE BOMBEROS.—Debido al esfuerzo e insistencia de la Sociedad se estableció en la ciudad este servicio público, dotado de personal competente y de los elementos más modernos y prácticos; con él se han evitado numerosas tragedias sociales y ruinas económicas y se ha dado a la ciudadanía una nueva seguridad para el desarrollo de las industrias y del comercio.

PLAZA DE MERCADO DE LAS NIEVES.—Es obra de esta Sociedad, que obtuvo para un populoso y rico barrio de la capital un magnífico edificio destinado al expendio diario de víveres y comestibles.

PAVIMENTACIONES.—La calle 26, desde la carrera 13 hasta el cementerio, fue íntegramente arreglada en su calzada debido al esfuerzo de la Sociedad; igual cosa sucedió con las galerías del cementerio que lucen ahora elegantes y apropiadas baldosas de mosaico. Muchas calles de la ciudad deben a la Corporación su actual piso en asfalto o macadams.

PARQUES Y JARDINES.—La Sociedad tuvo a su cargo durante varios años la administración de estos lugares públicos y en ese lapso se embelleció el parque de Santander, al cual se le quitó la verja de hierro que lo rodeaba; se hicieron algunos nuevos y se arreglaron convenientemente las plazas de los Libertadores, de España, de Sucre y de Girardot, así como se modificaron favorablemente dándoles aspecto moderno los jardines de Caldas, de Bolivia, en el cual se colocó un buen busto del artista nacional Epifanio Garay, de Ricaurte, de Torres, de San Martín y de Arbeláez. En varios de los parques se hicieron perforaciones en busca de abastecimiento de aguas y en algunos fue tan satisfactorio el resultado que en el de los Mártires, en épocas de verano, el pozo artesiano allí ubicado suple las necesidades de casi todo el barrio. Los jardines del hospital de San Juan de Dios, en el predio de la Hortúa, fueron proyectados y desarrollados por una comisión de la Sociedad.

COMPRA DE INMUEBLES.—Con fondos de la Sociedad se compraron las edificaciones y terrenos comprendidas en el cuadrilátero que forman las carreras 9.^a y 10.^a en su intersección con las calles 6.^a y 7.^a; se ha querido con ésto prolongar la avenida que ocupa el jardín de Bolivia y llevar la ampliación de la zona hasta las primeras construcciones del barrio Liévano. También merecieron inversiones pecuniarias nuestras las casas de la calle 10.^a comprendidas entre el parque de los Mártires y la plaza de España, mejora ésta que abre vía amplia y elegante al suntuoso edificio de la Facultad de Medicina y descongestiona el tránsito de pasajeros en las estaciones ferroviarias. Las antiguas y ruinosas casas que existían en el costado sur de la plaza de los Libertadores, en la intersección de las carreras 7.^a y 13 con dicha plaza, fueron compradas por la Sociedad y se hizo allí un bello jardín que da frente y perspectiva al edificio de la fábrica de cervezas «Bavaria». Es lógico pensar que eso no fue obsequio que hacíamos al Municipio y que la compra con caudales nuestros es un préstamo que hicimos al fisco de la ciudad, cuya cancelación consideramos de urgencia inmediata para continuar labor similar en otros sectores urbanos. La Alcaldía y el Honorable Concejo han reconocido esa deuda pero la tramitación presupuestal entorpece el buen deseo

de esas entidades. Quieran los manes del pueblo que la suma en mora, que monta a varios miles de pesos, vuelva pronto al tesoro exhausto de la Sociedad.

VIVERO.—Conocí esta dependencia cuando en él se cultivaban más de 60.000 árboles pequeños destinados a plazas y avenidas. Era en ese entonces el mejor jardín de la ciudad, con más de un centenar de rosales de distintas variedades y arbustos bellísimos, que no sólo atendían las necesidades oficiales sino que también facilitaban a los particulares, previas algunas formalidades, elementos de adorno para predios que con el tiempo han sido sorpresa y admiración de los habitantes de Chapinero. Cuando se nos quitó la administración de los parques entregamos el vivero y sería interesante que la curiosidad nos llevase a visitar lo que fundamos con tanto cariño y no pocos sinsabores; mucho me temo que el curioso regrese desengañado y arrepentido. De aquella gran reserva de nuestra naturaleza tropical salió toda la arborización de la ciudad, que habría continuado con éxito si la mala suerte no nos priva de ese esfuerzo de tantos años.

EXPOSICION DE VITRINAS.—Con preferencia en los días de las festividades patrias ha establecido la Sociedad estos concursos en los cuales participa generosamente la mayoría del elemento comercial. En ocasiones se han adjudicado valiosos premios, y creemos que con este proceder, a la vez que estimulamos el buen gusto artístico, damos a los habitantes de la capital un espectáculo simpático y útil.

PREMIO A LOS INSPECTORES.—Cada año adjudica la Sociedad una medalla de oro al Inspector Municipal que en su concepto se ha hecho merecedor a esa distinción por su constancia en servir los intereses del barrio puesto a su cuidado. Consideramos como feliz esta iniciativa, pues ella aviva una noble emulación entre empleados que saben cumplir con su deber. Seguro estoy que las autoridades municipales miran este galardón con especiales simpatías.

A grandes rasgos y dejando de lado muchas otras obras de importancia, ese ha sido el contingente de progreso que en veinte años la Sociedad ha dado a la capital de la Re-

pública. Quien no conozca nuestras modalidades administrativas y la invencible incuria que pesa sobre la mayoría de los espíritus, puede pensar que esa labor es pequeña para tan largo espacio de tiempo; quienes sabemos lo que son oídos que no escuchan, puertas que permanecen cerradas, promesas que quedan sin cumplirse, aquella empresa es admirable y heroica, robusta y casi sobrehumana.

En marcha asonante con lo material la Sociedad se ha esforzado en que conservemos nuestra ya remota fama de pueblo culto y caballeresco. Esfuerzo mucho más difícil este, pues, doloroso es confesarlo, nuestra educación de antaño sólo queda en unos cuantos libros, en las tradiciones de unas pocas familias y en el recuerdo borroso de los que ya doblaron el cabo de las Tempestades. Cuando se regresa a Bogotá después de estar ausente varios años, se observa con satisfacción el desarrollo urbano en sus características arquitectónicas; pero en lo moral, en la fraseología que se usa en conversaciones públicas y privadas, en los vocablos de grueso calibre que los corrillos callejeros lanzan a cada momento y que harían avergonzar a los soldados de Maza, la impresión es triste y desconsoladora. Nuestra cultura ha desaparecido; el hombre perdió su elegancia espiritual y se está convirtiendo en rudo jayán que no respeta, ni admira, ni aplaude. Ciertas ideas muy en boga en estos tiempos se salen del marco que les corresponde y allanan las zonas del arte, de la literatura y de la educación. Es deber del Estado y de todos los que podamos cooperar a ello luchar contra esa invasión de la vulgaridad y del mal gusto, para que Bogotá readquiera sus antiguos títulos que le dieron el calificativo de *Atenas suramericana*. En las condiciones actuales, más que a leer se nos debería enseñar a hablar.

Tiene especial significación para la Sociedad la presencia entre nosotros, en este acto recordatorio, del primer mandatario de la Nación, ligado a Bogotá por vínculos de afecto muchas veces demostrados y cuyo interés por su progreso tiene amplia confirmación en el desarrollo administrativo de su período presidencial. Recibid, Excelentísimo Señor, nuestro cordial agradecimiento por el honor que nos habéis otorgado y aceptad los votos muy sinceros que hacemos por vuestra felicidad y por el bien de la República.

Para el señor Alcalde Mayor, desgraciadamente ausente, que en 1922 fue compañero mío en la Cámara de Representantes para defender prerrogativas y sostener derechos de la ciudad capital, nuestra fervorosa adhesión, porque sabemos cuánto vale y hasta dónde llegan sus ideales. Que tenga por seguro que la Sociedad de Mejoras y Ornato lo acompaña en su labor administrativa y está lista a servirle en la realización de su programa de gobierno.

Rindo un homenaje de admiración y de gratitud a la memoria de los socios ya desaparecidos, cuyo recuerdo perdura en nuestros corazones como el mejor incentivo para no desmayar en la obra en que estamos comprometidos. Ellos, desde las regiones de la paz y del silencio, nos acompañan, nos aconsejan y nos ayudan.

Y para las nobilísimas damas que integran el cuadro de honor de la Sociedad, el tributo de nuestro respeto. Ellas han sido el mejor estímulo en nuestras labores y a su entusiasmo se debe todo lo bueno que hemos realizado.

Luis Augusto Cuervo

